



NUM. 6. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 8 DE FEBRERO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO.— un año 7 pe-os.—AMERICA Y ASIA. 40 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.

amos principio á la presente Revista, lleno el corazon de amargura, por la irreparable pérdida de un buen amigo, arrebatado por la muerte en la flor de su edad. Federico Ruiz, el jóven artista,

cuyo lápiz ha dejado tantas y tan escelentes muestras de su genio en las páginas de EL MUSEO UNIVERSAL y en las demás publicaciones ilustradas de la casa donde este periódico se imprime, falleció el dia 4 del corriente, á consecuencia de una enfermedad aguda. En la tarde del 5 fue trasladado al cementerio de San Justo y Pastor su cadáver, seguido de los señores Gaspar y todos los empleados y operarios de su establecimiento y de muchos de sus amigos y compañeros, entre quienes vimos á Vallejo, Becquer, Ortego, Carretero, Rico, Pizarro, Severini, Palmaroli, Perea, Caula y otros artistas y escritores, que se apresuraron á pagar este tributo de cariño y de dolor á la memoria del malogrado Ruiz. Breve fue su tránsito por la tierra, pero no estéril, pues consagrado toda su vida al trabajo, sirvió de apoyo á su familia, que hoy gime en el mayor desconsuelo, y honró á su patria añadiendo una hoja mas al laurel de su gloria. En otro lugar de este número publica su retrato El Museo, acompañado de los breves apuntes biográficos que han podido adquirirse.

Cumpliendo ahora con nuestro oficio de cronistas, haremos en breves líneas la correspondiente reseña semanal.

Dia de nada, vispera de mucho, dice el refran; con

que si es cierto, prepárense ustedes á ver grandes cosas, pues en verdad, por la presente, no puede ocurrir menos de lo que ocurre... al parecer. Notas diplomáticas, armamentos en grande escala, fortificaciones, en fin, lo de siempre. Al establecimiento ó depósito de armas y municiones de Satory en Francia, que es un verdadero campo atrincherado, responde Prusia estableciendo otro campo análogo en la Selva Negra, reforzando de un modo formidable la cabeza del puente Kehl, lazo... de piedra que une á Francia con Alemania.

Los periódicos franceses se ocupan con singular empeño en repetir el rumor de que Victor Manuel irá á Lisboa, despues de haber abdicado en favor del príncipe Humberto, y en anunciar la creacion de dos vireinatos en Italia. Además, hablan de correspondencias en que se consignan disturbios en Nápoles, cuya ciudad, dicen, recorren con ostentacion (*sic*) los partidarios de la restauracion borbónica. ¿En qué consistirá la ostentacion? La *Gaceta de Florencia*, da en uno de sus últimos números la noticia de que está resuelto el matrimonio del príncipe Humberto con la princesa Margarita, hija de la duquesa de Génova.

Dícese que el príncipe Gortschakoff ha pasado á los ministros rusos en el extranjero una circular, en que asegura que su gobierno, lejos de provocar una esplosion de la crisis oriental, hará lo posible por evitarla en las actuales circunstancias. La palabra crisis es una de las que la política ha tomado de la medicina, pero la usa tan desacertadamente, que la mayor parte de las veces le da una significacion equivocada. No todas las crisis son funestas; las hay que deciden favorablemente del estado de un enfermo, de manera que si la cuestion se resolviese de este modo en las circunstancias actuales ó en cualesquiera otras, lejos de evitarla, debia desearse que cuanto antes se la condujera á tan buen término. Por otra parte, se anuncia que el gobierno ruso está negociando la compra de una flota americana, y debemos suponer que es mercante, pues de lo contrario no se comprenderia el objeto de la circular mencionada, á la que tampoco corresponde muy bien que digamos la proclama que circula en Bosnia y Bulgaria, en la cual se leen estas palabras: «Amigos y hermanos de sangre: seamos francamente rusos. Arrojámonos, primero sobre los turcos, y despues sobre el Occidente podrido, sustituyéndole la grande Slavia al frente de la cual se pondrá el Czar todopoderoso.» La intencion respecto del pobre Occidente no puede ser

mas piadosa: está podrido, y como saben los maravillosos resultados que dan el hierro y el fuego, aplicados á tiempo, quieren salvarlo desplomando sobre él todo el imperio moscovita, que vendrá á ser el gran cirujano de la época, si Dios no lo remedia.

Uno de los últimos despachos de la costa de Abisinia, dice que Teodoro se habia aproximado á Magdala, pero que tenia á su frente las fuerzas rebeldes que le hacen guerra, entre ellas las mandadas por Gorbaryse, y se creia que era inminente un choque.

El 10 del pasado llegó á la Habana el vapor de guerra *Jason*, procedente de Veracruz, llevando á bordo los individuos de la legacion inglesa en Méjico, de cuya capital habian salido con todos los archivos, protegidos por una escolta que les proporcionó el mismo gobierno mejicano.

Los terremotos y los huracanes siguen ocasionando desastres de todo género en América. No hay mejores noticias de Filipinas. Del 13 al 14 de noviembre hubo en Tabaco un terrible huracan, que derribó unas trece mil casas en toda la provincia, contándose en su número varias iglesias, edificios parroquiales, tribunales y escuelas recién construidos: el mar se estrellaba contra las paredes de dichos edificios y de los almacenes, en Legaspi, y se unió con el rio, que se habia salido de madre, causando una inundacion de mas de un metro de altura y algunas desgracias personales.

El *Journal des Connaissances Medicales* ha publicado un artículo, reproducido por muchos periódicos de Francia ó Inglaterra, asegurando que todo el azafran procedente de España está adulterado con las sustancias que menciona. No pondremos en duda lo manifestado por aquel periódico; pero ¿no pudiera suceder muy bien, que el azafran saliese puro y limpio de España, y la codicia lo adulterase en el extranjero, como lo hace, por ejemplo, con nuestros vinos, que despues de sometidos allí á procedimientos, cuyo efecto menos malo es privarlos de su aspecto y de su verdadero valor, vuelven acá bautizados con nombres que acaban de hacerlos completamente desconocidos aun á los mismos cosecheros y fabricantes españoles? Si mal no recordamos, el azafran de la Mancha obtuvo el primer premio en la Esposicion Universal, en competencia con los de otros países: ¿no pudiera suceder que hubiese especuladores y cosecheros franceses que, por dar salida á su azafran, echasen á volar la noticia de la adulteracion que dejamos apuntada, con gran perjuicio y descrédito de nuestro comercio?

Anúnciase que la *Sociedad Económica Matritense* ha despachado el informe de la comisión nombrada para la Exposición agrícola é industrial, devolviéndolo á fin de que formule el proyecto de reglamento y la solicitud que ha de dirigirse al gobierno pidiendo el permiso correspondiente para realizarla. Mucho celebraremos que se lleve á cabo este pensamiento, que tantos beneficios puede reportar á la agricultura y á la industria españolas.

Algunos jóvenes escritores sevillanos tratan de celebrar reuniones semanales, con el objeto de mantener y fomentar el movimiento literario, empresa digna siempre de aplauso, y mucho más en nuestros días, en que el indiferentismo y aun el desden con que se miran esta clase de tareas, agregados á otras causas, amenazan con una vergonzosa y lamentable decadencia.

El señor Gutierrez de Alba ha dado orden á su representante en Lisboa para que los derechos que como autor debe percibir por las representaciones de su *Revista*, los reparta íntegros entre los emigrados españoles que mas necesitados se encuentren. Esta conducta merece elogio.

La literatura dramática española atraviesa uno de los períodos mas tristes de que hay memoria. Nuestros teatros se ven desiertos, ó la escasa concurrencia que á ellos asiste lo hace atraída, generalmente, por engendros que nada favorecen á las letras, ó por traducciones y arreglos que no les van en zaga. En cambio, el público llena todas las noches las localidades del Real y de Variedades, donde actúan compañías y se dan espectáculos extranjeros. No nos hará esta última circunstancia deprimir ni á empresas ni á artistas, como lo haríamos si nos propusiéramos imitar el ejemplo que otros países nos dan, tratándose de nuestras cosas; pero permítasenos siquiera lamentar nuestra falta de patriotismo, ya que juzguemos punto menos que imposible combatir la necia preocupación de que aquí no hay elementos para nada. ¿Cómo han de darse á conocer, si nuestros autores encuentran cerradas todas las puertas, ó si estas sólo se abren á la traducción ramplona de obras detestables, ó á producciones originales inspiradas, con frecuencia, por la musa décima que, como saben nuestros lectores, es el hambre? Si es cierto que ahora no hay Cervantes ni Calderones, no lo es menos que si los hubiese, ninguno de sus libros y de sus comedias obtendría la milésima parte del favor y de la admiración que la zarzuela extranjera mas desprovista de racionalidad, la zapateta de una bailarina ó la ridícula mueca de un tenor adocenado, á quienes, si se permitiera, quizá se les erigiesen altares.

El día 12 del corriente parece ser el señalado para la bendición é inauguración de la nueva iglesia del Buen Suceso. Hallándose ésta situada en el barrio de Argüelles, al cual pertenece el establecimiento tipográfico donde se imprime *EL MUSEO UNIVERSAL*, en otro número daremos cuenta mas detallada de este acontecimiento, reservando también para entonces la publicación de la historia de dicha iglesia con un grabado alusivo.

En la tarde del domingo 2 del actual se celebró en la sala de manuscritos de la Biblioteca nacional, con la solemnidad de costumbre, y asistencia de multitud de personas distinguidas en la república de las letras, la reunión anual para declarar los premios que por aquel establecimiento se habían ofrecido á los que presentasen obras que llenasen las condiciones del programa. De estas no hubo ninguna. El señor don Juan Eugenio Hartzenbuch, director de la Biblioteca, leyó la Memoria relativa á las tareas, reformas y adquisiciones del establecimiento, en la cual, al paso que se hace justicia al celo y laboriosidad de los funcionarios del mismo, se mencionan las mejoras de que es susceptible, y la falta de cumplimiento á lo preceptuado respecto de la entrega de ejemplares por parte de muchos autores y editores, para los fines correspondientes, siendo uno de ellos la declaración de la propiedad de las obras, que, sin este requisito, cualquiera tiene el derecho de reimprimir.

Mañana 9, á las dos de la tarde, quedará constituida la Asociación de autores españoles, en el Ateneo científico y literario de esta capital. A esta reunión pueden asistir todos los escritores que gusten.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESTUDIOS MORALES.

DEL SUICIDIO.

En esta época tan fecunda en suicidios y en la que, si bien se miran con espanto y horror, generalmente no se consideran como grandes crímenes, ya porque el daño recae sobre el mismo que lo ejecuta, ya por un exceso de sentimentalismo, hemos creído que no sería inútil investigar las causas de tan terrible contagio y demostrar hasta donde nos sea posible, que el suicida

revela mas perversidad de corazón que el homicida, y que, en consecuencia, son mas graves su delito y responsabilidad.

Examinando en primer lugar el origen del suicidio, vemos que la mayor parte de los casos reconocen, en este siglo, una pérdida de fortuna, una pasión amorosa mal correspondida, la muerte de un ser amado, en menor número; un mal ó calamidad inminente; la hipocondría; en los tiempos de superstición y fanatismo políticos, el fracaso de una gran causa; en las sociedades en que dominan la superstición y el fanatismo religiosos, estas dos ciegas pasiones. Lo que espuesto en otros términos no es otra cosa; que amor-pasión al dinero, á un semejante nuestro, ó á nosotros mismos; amor-pasión á una idea ó á una divinidad; ó sea: inmoderado amor propio ó egoísmo, inmoderado amor á otro ser ú objeto, y aun éste, bien examinado, se reduce al primero.

El apego al oro produce funestas consecuencias; el temor de perderlo, envidias y engaños; su pérdida, desesperación y suicidios; el avaro cree que tendrá que padecer, el pródigo que no podrá gozar, y como ambos se amen demasiado á sí mismos, ni el uno quiere sufrir, ni el otro vivir sin gozar.

El excesivo amor á un semejante nuestro, á una idea ó á una divinidad acaban muchas veces terriblemente, á consecuencia de nuestro propio egoísmo; en la pérdida de ese ser ó de esta causa, el que no teme el dolor lo resiste, el que no quiere padecer, se destroza. El inútil é insensato sacrificio de la vida á un ídolo, no tiene otro objeto que recabar una mirada benigna, obtener una digna recompensa para la propia satisfacción.

La hipocondría, hija del miedo, lo mismo que el temor de un mal inminente, radican en un exceso de amor propio.

De lo dicho se deduce, que el suicidio, en el cual el que lo ejecuta, da, al parecer, pruebas de desprecio y aborrecimiento á sí mismo, proviene de un exceso de amor propio, de egoísmo; por consiguiente, el suicida de tanto como se quiere, no se quiere, de tanto como se ama, se mata.

Preguntamos ahora, ese amor á nosotros mismos ó á otros seres, que todos poseemos, ¿por qué en unos da tan hermosos resultados, como la propia conservación, el perfeccionamiento, la caridad, y en otros tan fatales como engaños, celos, desesperación, suicidios?

La inteligencia, con la razón y la imaginación, es la que dirige á buen fin ó estravía todas nuestras pasiones. La fantasía bien regida nos alienta en nuestras vicisitudes con la perspectiva de un porvenir tranquilo, pero abandonada á sí misma y estraviada lo abulta y desfigura todo, presentándolo terrible y sombrío: entonces la imaginación escita las pasiones, y si la razón no acude en su auxilio, acaban por determinar á la voluntad á hechos espantosos; por esto son tanto mas terribles las pasiones, cuanto mas viva y fogosa es la imaginación, presentando tristes ejemplos los genios malogrados de Chatterton, Kleist y Figaro. Así, pues, el suicidio proviene de un amor ó tendencia á cierto objeto, amor que se apasiona y toma un rumbo funesto con el fuego de la fantasía que la razón á su tiempo no cuidó de amortiguar.

Llegados á este punto, no entraremos en la cuestión de si es lícito al hombre atentar contra su vida; pues para ello basta lo que decía el gran Napoleón: «No habiéndome dado la vida, no me la quitaré jamás»; nuestro objeto será ahora probar que el suicida es responsable de su acción.

Segun autores respetables, nadie se da la muerte en un acceso de razón; parece, segun otros, inexacto esto, por dar algunos suicidas pruebas de completa deliberación y serenidad; pero no nos esforzaremos en examinar ninguna de estas dos aseveraciones, porque nuestra cuestión se reduce á probar la responsabilidad del suicida, en lo cual convienen aun los que consideran el suicidio resultado de la enagenación mental, pues que podría evitarla, siendo como es, segun estadísticas, consecuencia de la corrupción de costumbres. Así, el suicida esté en su razón ó no, es responsable de su acto, por ser éste casi siempre completamente libre y voluntario, pues si le falta deliberación es culpa suya, siendo vencible la ignorancia ó extravío mental con reprimir á tiempo sus estraviadas inclinaciones, mediante la sanas ideas que la razón natural, cuando menos, nos infunde.

Probada la responsabilidad del suicida, demostraremos que es mayor que la del homicida, y por consiguiente aquel mas culpable, una vez que la culpabilidad está en proporción de la responsabilidad.

Cuanto mas esfuerzo ó lucha de la voluntad con nuestras tendencias ó inclinaciones naturales es necesaria para ejecutar una acción, ésta es tanto mas sublime y heroica si es buena, y tanto mas perversa y culpable si es mala.

Amar á un enemigo, es mas meritorio que amar á un amigo; odiar á un amigo, mas culpable que odiar á un enemigo. Todo lo que tiene de heroísmo y escelsitud esponer la vida á riesgo seguro de perderla en defensa de la religión ó de la patria, tiene de fe-

rocidad y bajeza desprenderse de ella inútilmente por corrupción y cobardía. Dios, cuya justicia es absoluta, castigó la rebelión de los ángeles con fuego eterno sin lugar al arrepentimiento, porque como poseían la visión de Dios y su tendencia era amarle, necesitaron un esfuerzo inmenso para apartarse de su centro. La desobediencia de nuestros primeros padres, atendiendo á que no poseían la visión de Dios, pero que estaban en relaciones con él, y las tendencias de sus facultades á lo bueno y justo predominaban sobre las malas, no la castigó tan severamente como la de los ángeles, porque su esfuerzo no necesitó ser tan intenso; les dio lugar al arrepentimiento, pero resintiéndose de su prevaricación toda su posteridad. Nuestras faltas, que no suponen ni el esfuerzo de los ángeles, ni el de nuestros progenitores, por la tendencia que desde entonces tenemos á lo malo, son castigadas con lugar al arrepentimiento y sin transmitirse á nuestros hijos.

De esta ley moral de proporcionar la culpa al esfuerzo de voluntad, se deriva lo aceptable que es á Dios el arrepentimiento de un malvado y corrompido; pues como necesita esfuerzo heroico para los actos buenos y casi ninguno para los malos, aquellos son sumamente meritorios, mientras que éstos tal vez algo menos culpables; lo cual, unido á que el valor de los actos malos se halla también en razón directa de la inteligencia, porque el poder del espíritu sobre las pasiones es tanto mayor, cuanto mayor es la razón, patentiza esa sublime y hermosísima ley de la Providencia, cuya bondad y amor infinitos se encuentran siempre á favor de los mas desgraciados y dignos de compasión.

Ahora, pues, ¿qué es lo que necesita mas esfuerzo, atentar contra la vida de nuestros semejantes ó contra la propia? ó lo que es igual, ¿á quién amamos mas, á los otros, ó á nosotros mismos?

El Decálogo, cuya profunda filosofía muestra un perfecto conocimiento del corazón humano, presenta como modelo del amor al prójimo el amor á nosotros mismos, haciendo notar San Agustín que Dios expresa clara y esplicitamente la obligación de amar al prójimo, mas sólo implícitamente la de amarse á sí mismo, por considerarlo de instinto natural, como el amor de los padres á los hijos, que tampoco espresó.

Confirma esto, si es que confirmación necesita Dios, esa inclinación innata á la propia conservación, sancionada por los criminalistas; y cuando no hubiera otra razón para probar la superioridad del amor á sí mismo sobre el amor al prójimo, bastaría el suicidio, acto como hemos visto egoísta en extremo, que sólo indica el deseo de la propia satisfacción en el que lo ejecuta, reduciéndose como se reduce á encontrar lo que él cree un bienestar en la muerte, pero olvidando hijos, padres, familia, dejándolos sumidos en el mas triste desamparo, cuando no en la mas espantosa miseria.

Demostrado que nos amamos mas á nosotros mismos que á nuestros semejantes, mas esfuerzo, mas lucha de la voluntad necesitaremos para el suicidio que para el asesinato; y como mayor esfuerzo envuelve mayor culpabilidad y fiereza de corazón, si la acción es mala, tendremos que el suicida es mas criminal y perverso que el homicida.

Además, el hombre para no caer en la mayor parte de las culpas ó delitos á que tiende por la perversión de su naturaleza y por el goce momentáneo que en sí llevan, necesita reprimir fuertemente esos ciegos impulsos que, cuando no tienen freno, nos degradan y envilecen; pero el suicida, al contrario, para caer en su falta ó delito, á que no tiende, ya por el dolor que ocasiona, ya por el natural amor á la vida, necesita un esfuerzo intenso para reprimir esos constantes y benéficos impulsos; así pues, ¿cuánto mas culpable no será el suicida que hasta sufre por pecar, que el otro delincuente que si peca es por gozar?

Tal vez se nos objete que el suicida, por efecto de su locura, ya no se ama á sí mismo y se desprende sin esfuerzo de su vida; pero no se tendrá en cuenta que ese apego á la existencia es innato é indeleble, se halla grabado en el corazón y si se domina no es porque mengüe, que siempre está en acción, sino porque aumenta extraordinariamente otra pasión contraria y con ella la intensidad volitiva. El loco mismo suicida se resistiría furiosamente, si otro amenazara quitarle su vida en el acto mismo de intentarlo.

Hemos leído que un joven de Viena intentó poco tiempo há poner fin á su existencia, precipitándose en el Danubio; pero que, en el momento en que se disponía á arrojarse á las ondas del caudaloso río, un cazador que desde la opuesta orilla estaba observando las maniobras del joven, le apuntó con la escopeta gritándole:—¡Atrás, ó hago fuego!—Al oír el suicida aquella enérgica exclamación, desapareció en precipitada fuga.

¿Por qué este joven, que se quería matar, no quiso que le matasen? Porque el amor á la propia conservación es tan intenso y constante, y para luchar con él la voluntad y las demás pasiones ó facultades se encuentra en una posición tan violenta y momentánea, que el menor suceso, una simple idea, desconcertándolo todo, ó mejor restableciendo el concierto,

convierten al primero, como á más fuerte de origen, en vencedor.

Es evidente, pues, que el suicidio es mas contranatural, necesita mas esfuerzo, es acto mas criminal que el homicidio, uno de los delitos mas horrorosos é inicuos, pero aun concebible por este sentimiento primitivo que tenemos de indignación y venganza.

El mas santo de los sabios y el mas sabio de los santos, como dice un autor, Santo Tomás, el filósofo y jurista por excelencia, espone con una lucidez y concisión sorprendentes el mismo principio, diciendo: «Constat autem, minus esse peccatum fornicationem, vel adulterium, quam homicidium et præcipue mipsius: quod est gravissimum, quia sibiipsi nocet, cui maximam dilectionem debet.» 2.^a, 2.^o Quæst. 64, articulo 5.^o

Y por último, corrobora y confirma tal asercion el menor número de casos de suicidio respecto de homicidio, y aun si éste no es mas frecuente, se debe en gran parte al temor del castigo, al mismo amor á la propia conservación: quitad todo castigo humano, de que carece por necesidad el suicidio, y multiplicará aquel escesivamente, probando mas y mas con su diferencia la espantosa criminalidad del perverso que destruye la vida que el Criador le entregó en usufruto, á pesar de la irresistible tendencia de que le dotó á conservarla.

A. J. T.

DEL USO DE LAS LEGUMBRES

ENTRE LOS GRIEGOS Y LOS ROMANOS.

Los pueblos de la antigüedad tenían como los modernos sus simpatías y antipatías por ciertos alimentos; lo que en unos países gustaba, era despreciado en los otros. La col, por ejemplo, era mirada con desprecio en muchos países, al paso que los egipcios la consideraban como un dios y era el primer alimento que tomaban en sus festines. Los griegos y los romanos la usaban como remedio para la debilidad que se siente despues de la embriaguez. Caton decia que la col era una panacea para todas las enfermedades del hombre; Erasistrato la recomendaba como un específico para la parálisis; Hipócrates decia que cocida con sal, era un remedio soberano para combatir el cólico, y los médicos atenienses la prescribían á las mujeres jóvenes que estaban criando y deseaban tener niños robustos y hermosos. Diphilo prefería la remolacha á la col, tanto considerada como alimento, cuanto como remedio, y en este último caso la recomendaba como vermífugo. Este mismo médico elogiaba mucho las malvas, no como remedio, sino como un vegetal muy bueno para usarle como alimento, porque satisfacía el hambre y curaba al mismo tiempo las anginas y los males de garganta. Los espárragos, tales como estamos acostumbrados á verlos, han perdido una parte considerable de su antigua magnificencia. La planta primitiva tenia de doce á veinte pies de alta, y un plato de ellos no hubiera podido servirse mas que á gigantes. Refieren algunos historiadores romanos, que en su país los tallos de los espárragos tenían mas de tres libras de peso y eran bastante fuertes para derribar á una persona á quien se diera con uno de ellos. Los griegos los comían de dimensiones mas moderadas, pero apenas los usaban porque los médicos de fama de su tiempo denunciaban esta hortaliza como perjudicial para la vista; es verdad tambien que, al mismo tiempo, decían que un pedazo ó dos de calabaza cocida, destruía el mal que los espárragos habían causado. «Hazlo tan pronto como si fueran espárragos» es un refran que ha llegado hasta nosotros desde el tiempo de Augusto, y que da á entender cuán pronto se preparaba este vegetal para servirle á la mesa.

Un plato mucho mas apreciado en Atenas eran los nabos de Tebas. Las zanahorias tambien se consideraban como un excelente plato en las mesas de los griegos y de los romanos. La verdolaga estaba mirada mas bien como un remedio contra los venenos, ya hubieran penetrado en la sangre, ya hubieran ido como bebida al estómago. Actualmente en algunos puntos de Francia hay en el vulgo, la idea de que si se frota un vaso con la misma mano que antes ha tocado verdolaga ó perejil, el vaso se rompe en seguida; es inútil decir que esta idea no tiene fundamento alguno, y que las personas que han tenido la curiosidad de hacer el experimento han visto que el vaso resistía al supuesto maleficio.

Los brócoles eran la hortaliza favorita de Druso, quien los comía en gran cantidad y su padre los tenía igual afición; el soberano del mundo romano y su ilustre heredero se disputaban un plato de esta verdura como pudieran haberlo hecho dos campesinos. Las alcachofas no llegaron á gozar favor entre la aristocracia; la opinion de Galeno era contraria á ellas, y por espacio de mucho tiempo únicamente las usaron los bebedores, como preservativo contra el dolor de cabeza que suelen producir las bebidas, y los cantantes para dar mas fuerza á su voz. Plinio dice que las alcachofas son un alimento excelente para la clase

pobre y para los asnos, á los que sin duda este escritor igualaba las clases inferiores de la sociedad despreciando todo sentimiento humano: para los estómagos de las clases mas elevadas prefería los cohombros; pero el pueblo encontró al fin las ventajas de los cohombros. La lechuga fue siempre estimada en todas partes; era el alimento que el bello Adónis prefería. La lechuga se prescribía tambien como alimento á propósito para las personas que padecían de insomnios, y en efecto, parece que tiene una virtud narcótica; se dice que sirvió para destruir una enfermedad grave que tuvo Augusto. Los hombres de ciencia y las clases elevadas elogiaban la lechuga, y la filosofía sancionaba estas alabanzas por medio de Aristoxeno, quien no sólo cultivaba lechugas, que eran, por decirlo así, el orgullo de su huerto, sino que las regaba con vino para darles un sabor mas grato y mas fuerte.

No debemos, sin embargo, dar mucho crédito á ciertas historias de sabios y de boticarios. Algunos recomendaban la seductora, pero indigesta achicoria, como excelente contra el dolor de cabeza, y las cebollas tiernas y la miel como específicos admirables para conservar la salud cuando se tomaban en ayunas; pero esta prescripción era sólo para los rústicos pastores y las muchachas de la clase baja; las clases mas elevadas de la ciudad y del campo difícilmente se hubieran aventurado á hacerlo así, y sin embargo la madre de Apolo comía puerros crudos y le gustaban los que tenían dimensiones gigantescas; por esta razon tal vez se decia que el puerro, no sólo era saludable, sino que servía para embellecer. La afición á los melones se debe sin duda alguna á Tiberio, que era aun mas aficionado á ellos que á los brécoles. Los emperadores alemanes heredaron sin duda la afición que los tenía su predecesor romano, aunque á la verdad, llevándola al exceso; porque mas de uno ha habido que ha preferido morir por comer melones, que vivir renunciando á ellos.

Hemos hablado de espárragos gigantes; los judíos tenían rábanos que podían competir con aquellos, si es cierto que una zorra con su cria podía meterse en el hueco que dejaba uno de ellos, y que no era raro que llegaran á tener cien libras de peso. Rábanos de esta clase son los que en otro tiempo han debido usar las turbas como armas en las insurrecciones. En casos semejantes, un pueblo amotinado estaria siempre provisto de víveres y tendria la estraña ventaja de poder combatir con sus enemigos y despues comerse sus propias armas. El rábano ordinario que se cria en algunos países y que sólo se da á las caballerías, como en algunos puntos de España se hace con los nabos, es probablemente un descendiente de este antecesor gigantesco. En un tiempo tuvo reputacion inmensa; decíase que aun cuando se mojara una flecha con una sustancia venenosa el golpe seria inofensivo, si se aplicaba un pedazo de rábano á la herida; y frotándose las manos con él, apenas perjudicaba la picadura del reptil mas dañino. En una palabra, se le elogiaba como un remedio para todos los males de la vida, con la única escepcion de que destruía la dentadura. Las opiniones estaban mas divididas con respecto á los ajos que con respecto á los rábanos; los egipcios, los divinizaban, como lo hacían tambien con los puerros y con la col; los griegos los dedicaban á Gehanna y á los soldados y marineros. Empleados medicinalmente, se consideraban muy útiles en ciertas enfermedades, si la planta primitiva se había sembrado cuando la luna estaba mas baja que el horizonte; pero nadie que hubiera comido ajos podía pretender entrar en el templo de Cibeles. Uno de los Alfonsos de Castilla parece haber sido tambien tan enemigo de los ajos como aquella diosa, pues condenó á un mes de destierro lejos de su real persona á un caballero de Castilla por haberse descubierto que había cometido el delito de comer ajos.

Entre los romanos, se hacia poco uso del azafran, aunque parece que le estimaban mucho y le atribuían muy buenas propiedades; un escritor latino le recomienda particularmente y dice que entre otras virtudes tenia la de servir para alegrar el corazón.

M.

NECROLOGIA.

FEDERICO RUIZ.

La muerte, como decimos en la Revista semanal de este número, ha venido á privar á la patria de uno de sus hijos predilectos, arrebatándonos á Federico Ruiz cuando apenas contaba treinta y un años de edad. Discípulo de Vallejo y de Villamil, que desde los primeros dias de su enseñanza, conocieron en él las mas felices disposiciones, recompensó ámpliamente con su aplicacion y sus progresos el celo y el interés empleados por sus maestros, y pronto se halló en estado de adquirirse por sí mismo los medios de subsistencia y un nombre que, si no muy conocido aun del público, lo era ya bastante entre sus compañeros, que le estimaban, además, por su modestia, gran-le como

llegó á serlo su mérito, y por su carácter simpático y benévolo, nunca torcido por las pequeñas pasiones que suelen agitarse en el mundo del arte.

Federico Ruiz era un gran acuarelista y un gran dibujante: establecido en cualquiera de esos centros de actividad que, como París y Londres, tienen el privilegio de consagrar y universalizar el nombre del verdadero genio y aun de no pocas medianías, y dedicado sobre todo al paisaje, en el cual rayaba hasta donde pocos, por ser su especialidad, hubiera sido un Calam, y hubiera ocupado un puesto de los mas importantes y legítimos, y dejado una fortuna considerable á su familia. Nacido y establecido en Madrid, sólo deja una herencia de lágrimas á su familia y un recuerdo en el estrecho círculo de amigos del arte, que supieron apreciar sus cualidades eminentes. Muestras numerosísimas existen de ellas en EL MUSEO UNIVERSAL, y en otras publicaciones del establecimiento de los señores Gaspar y Roig, que, por sus talentos, por la afabilidad de su carácter y por haberlo ocupado constantemente durante largos años, lo consideraban ya como individuo de su propia familia. A Federico Ruiz se deben la mayor parte de los paisajes, retratos, monumentos, vistas, y otra infinidad de dibujos, ya originales, ya reproducciones de cuadros, como el de la *Capilla Sixtina*, que los suscritores á EL MUSEO y á las demás obras de la casa de Gaspar y Roig habrán admirado con frecuencia, y que demostraban la facilidad suma, la esquisita gracia, la corrección hasta en los menores detalles, la fidelidad artística, y el golpe de vista que como pocos poseía Ruiz, cuyo lápiz se había ejercitado en todos los géneros, porque aquí el artista ha de servir para todo, sopena de renunciar hasta lo mas indispensable para vivir con estrechez, si ha de consagrarse exclusivamente á aquello á que mas le inclina la índole de su talento. Para mejor comprender la exactitud de lo que decimos, conviene tener presentes algunas circunstancias, y entre ellas una esencialísima, y es la consideración de los elementos con que, así artistas como escritores y editores, cuentan en España. Colóquese á los de otros países en condiciones idénticas, y quizá no sea aventurado afirmar que les seria difícil obtener resultados tan satisfactorios. Nuestro pesimismo y nuestro poco amor á las glorias nacionales, nos condenan á la triste condición de simples admiradores de todo lo estraño, merézcalo ó no lo merezca, y despreciamos lo propio, sólo por serlo, y sin reflexionar que ninguno de los pueblos que hoy figuran mas ha subido en un día á la altura en que los vemos, sino despues de muchas y muy dolorosas pruebas.

Hagamos justicia á los que, como Federico Ruiz, han vivido una vida modesta, honrada y laboriosa, y coloquemos sobre la humilde losa bajo la cual se guardan sus restos mortales, la corona de laurel que otros pueblos mas afortunados depositan sobre los soberbios monumentos que erigen á los que han hecho algo por su grandeza.

Z.

MONUMENTOS ANTIGUOS.

LA CRUZ DE LA VICTORIA.

De los dibujos que nos remiten algunos artistas y suscritores de provincias, damos hoy uno que representa la Cruz llamada de la Victoria, curioso recuerdo de otros tiempos que aun existe entre Murviedro y Almenara y puede estudiar el arqueólogo. Este monumento marca el sitio donde don Jaime, el Conquistador, que había salido de Almenara con objeto de practicar un reconocimiento sobre el castillo de Murviedro, se vió atacado y envuelto por fuerzas árabes muy superiores á las suyas. Rodeado el valeroso monarca por todas partes, se defendía denodadamente hacia ya una hora, cuando avisada la guarnicion de Almenara, cargó sobre los moros, los cuales se vieron obligados á ceder el campo á sus contrarios. En accion de gracias al Todopoderoso, el rey don Jaime hizo levantar la Cruz que el grabado reproduce, en el mismo teatro de la memorable batalla, ocurrida por los años de 204.

Próxima á terminar la publicacion del viaje á Filipinas, damos hoy principio al de Babilonia, que, como verán nuestros lectores, es curioso é interesantísimo bajo todos conceptos. A éste, como á aquel, acompañarán grabados que, unidos á la narracion, darán la idea mas completa posible de la grandeza del antiguo imperio babilónico y de su desolacion y decadencia actuales.

VIAJE A BABILONIA.

I.

SALIDA DE MOSUL.—UN KELEK.—LAS NÁVADES DE TEKRIT.—ANTIGÜEDADES: EL MURO DE MEDIA: OPIS.—SAMARA.—UN RECUERDO DEL EMPERADOR JULIANO.—LLEGADA Á BAGDAD.

Despues de haber dedicado á Asiria, representada por el moderno Kurdistan, las tres semanas de que

podía disponer y que aproveché perfectamente, pues me permitieron ver á Amediah, los novelescos valles de los Nestorianos, las imponentes ruinas diseminadas alrededor de Zachon, y, por último, el campo de Arbelia, que no menos afecta la vista que la imaginación, resolví descender á Bagdad y á Babilonia, que era mi camino natural para trasladarme al golfo Pérsico. Tenía que optar entre ir por tierra, pasando por Kerkouk y por el desierto plagado de kurdos y árabes, ó ir por el Tigris, que me permitía viajar en almadia, río abajo, con toda la comodidad apetecible. Preferí tomar este último partido, con tanto mas motivo, cuanto que las raras curiosidades que ofrece el camino de tierra habian de un siglo á esta parte recibido la visita de mas de un viajero.

Hice por tanto mis preparativos para no desperdiciar la ocasión de embarcarme en un *kelek* que estaba próximo á partir. El *kelek*, rigurosamente hablando, no es lo mismo que la almadia. El *kelek* es un transporte particular que tres mil años atrás era ya conocido á lo largo del Tigris, y Herodoto nos da de él una descripción aplicable al tiempo presente. El inmóvil Oriente ofrece á cada paso irregularidades análogas, y en él la antigüedad se puede comentar teniéndola á la vista.

Hé aquí, pues, lo que es un *kelek*.

Un mercader que va de Djarbekir á Mosul ó de Mosul á Bagdad, se construye una almadia sostenida por una carapa de pellejos hinchados, cuyo número es proporcionado al peso que la almadia tiene que soportar. En la almadia coloca sus mercancías, y entre los pellejos levanta con tablas una covacha ó una simple tienda para meterse él ó cualquier pasajero de distinción; parte luego siguiendo la corriente, y se detiene ordinariamente durante la noche, si el país no ofrece peligros, en el punto en que le sorprende la caída



FEDERICO RUIZ, ACUARELISTA Y DIBUJANTE ESPAÑOL.

de la tarde. Es menester que apremie mucho el tiempo para viajar de noche á la claridad de la luna. Al llegar á su destino, el *kelek* se desarma; el mercader deshinchaba los pellejos y regresa á su casa montado en un camello, y las tablas se venden ventajosamente, porque la madera está muy barata en las comarcas

ningun atractivo. Y la tierra sin embargo, es una tierra de aluvion admirablemente fértil, pero cuya fertilidad inutilizan la mala vecindad de los árabes mercedadores y la incuria de una administración lastimosa. A los cuatro dias pasé por delante de los montes de Hamrin, que forman una cordillera baja y muy en-

que hay río arriba, y se vende muy cara en Mosul y mas aun en Bagdad.

Yo encontré fácilmente lo que necesitaba. Hice construir á mi costa un camarote de madera blanca, á mas de pagar mi travesía al propietario del *kelek*, y despues de despedirme de mis amables huéspedes de Mosul, el cónsul M. Lamasse y su sobrino, me trasladé en una hermosa mañana de marzo de 1866, á bordo de mi *kelek*, amarrado delante de Yariandje, y descendimos con bastante rapidez por el Tigris, cuya crecida habia ya empezado. Pasamos sin detenernos junto á las ruinas imponentes de Nimroud, harto conocidas para ocuparme de ellas, y al ponerse el sol nos detuvimos á lo largo de una isla llana, cubierta de plantaciones de maíz pertenecientes á una aldea árabe que teníamos á tiro de fusil.

No era tanta mi prisa que me desagradasen aquellas detenciones. A mas de la necesidad de reponerme algo de las molestias que me causaba mi forzada inmovilidad á bordo de la almadia, mis compañeros de navegación aprovechaban aquellos altos para preparar la comida, cosa difícil y peligrosa á bordo por el hacinamiento en el *kelek* de mercancías inflamables. Estuve cerca de media hora paseándome á lo largo del ribazo y entre los sauces para prepararme higiénicamente un sueño tranquilo, y luego me hice poner la cama encima de la yerba. El dia siguiente, al asomar el alba, el *kelek* prosiguió su camino.

Duró el viaje cinco dias sin ningun accidente notable. El país, llano, monotonó, sin monumentos, sin poblaciones, no ofrecia ningun atractivo. Y la tierra sin embargo, es una tierra de aluvion admirablemente fértil, pero cuya fertilidad inutilizan la mala vecindad de los árabes mercedadores y la incuria de una administración lastimosa. A los cuatro dias pasé por delante de los montes de Hamrin, que forman una cordillera baja y muy enmarañada, la cual corta el Tigris y el Diyala en una direccion Nor-oeste Sud-este, direccion que es poco mas ó menos la de todas las cordilleras de montañas de la Persia occidental, á que nos íbamos acercando. Al dia siguiente por la tarde nos detuvimos delante de Tekrit.

Esta bicoca, que es como se llama una plaza de armas de poca importancia, está flanqueada por una ruina antigua bastante curiosa. Es una fortaleza rectangular, de ladrillos sin cocer, que, como todas las fortificaciones babilónicas, se ha convertido en una mole de tierra informe, y apenas conserva mas que vestigios de los cimientos de las construcciones que contenía sobre todo por la parte del Sur, y el arco de una puerta que puede ser de la época de los Sasánides. Los fosos, cortados en la meseta baja de que aquella ruina es la punta avanzada, son anchos y profundos.

Saludo con cierto respeto aquella ruina cenicienta, porque es el lugar de la cuna de un grande hombre, del sultan Saladino, el venturoso rival de Ricardo Corazon de Leon.

La misma poblacion no es en sí mas que una fea barriada árabe que, segun la tradicion, habia sido cristiana en otro tiempo. En el lado opuesto al castillo se nota una ruina llamada el *kenisé* (la iglesia). A un



LA CRUZ DE LA VICTORIA, MONUMENTO LEVANTADO POR DON JAIME EL CONQUISTADOR.—DIBUJO REMITIDO POR DON JOSÉ DE LLANO.



VIAJE Á BABILONIA.—NAVEGANTES EN LAS EMBARCACIONES LLAMADAS KELEK, SOBRE EL TIGRIS.

viajero inglés, que al pasar por Tekrit preguntó á los habitantes cuáles eran las curiosidades de aquel sitio, le respondieron: «Un *kafir* judío y una palmera estéril.» En efecto, no hay en la comarca mas que una palmera, que es la representada en mi diseño de Tekrit.

Después de haber herborizado algun tanto á lo largo del Tigris, sigo mi marcha y paso por delante de una aldea árabe de la márgen oriental. Allí recibió el kelek una singular visita. Lecheras árabes llegaron andando á ofrecernos leche. Aquellas nereidas de agua dulce llevaban dos gamellitas, una en la cabeza y otra en la palma de la mano izquierda, levantada de modo que formaba un plano horizontal, lo que era un gran esfuerzo que yo no pude imitar no obstante desarticularme casi la muñeca. Las tales lecheras, tan morenas como las mujeres árabes del Nilo Blanco, eran bien formadas y su actitud tenia algo de la de la Esfinge; el busto enhiesto, y sobresaliendo enteramente de la superficie del agua, se mecía con indolencia, mantenido en equilibrio por el ligero movimiento del brazo derecho de las hábiles y esbeltas nadadoras. Un ropaje ligero, enteramente mojado, que llevaban echado con negligencia, se ceñía á los miembros permitiendo descubrir sus vigorosos contornos. Un traje tan ligero que nada ocultaba de una belleza de que aquellas náyades salvajes no hacian al

parecer ningun caso, bastaba para cumplir las prescripciones de la decencia. He dicho que no hacian al parecer ningun caso de su belleza, y tal vez me engañe. ¿En qué pais habrá mujeres que no den á su belleza importancia alguna?

Toda la poblacion es poco menos que anfibia. Veo pasar el rio á varios hombres que nadan abrazando un gran pellejo hinchado, que desempeña el mismo oficio que las dos vejigas indispensables de nuestros nadadores novicios. Forman un paquete con sus vestidos y

lo llevan en la cabeza á manera de turbante; unos calzoncillos cortos de algodón cubren sus muslos, y queda desnudo todo lo restante del cuerpo. Al llegar á tierra el nadador se echa encima su albaya ó alquicel, se cuelga de la espalda su pellejo ó sus dos pellejos y prosigue su camino. Las mujeres no tienen necesidad de este auxiliar, y si preguntais por qué razon á cualquiera de los badulaques que miran cómo pasa el kelek, capaz será de responderos que las mujeres están conformadas espresamente para flotar y nadar



VIAJE Á BABILONIA.—NAVEGANTE DEL TIGRIS, EN ALMADIAS DE CUERO.

entre dos aguas. Hasta dos días antes de llegar á Bagdad no empecé á ver en las dos millas algo que me interesase. En el primer gran recodo que forma el Tigris por el lado del Oeste, vi una línea de montecillos hacia el Sur-sur-Oeste, siguiendo la dirección del Eufrates. Esta línea es llamada por los indígenas *sidd Nimrud*, el dique de Nemrod, y, según los comentadores, es la antigua muralla de Media que salvaron los Diez Mil después de la batalla de Cunaxa, acerca de la cual no se tienen más que nociones muy vagas. ¿Era un parapeto análogo á la muralla de la China, erigido para oponerse á las invasiones de los bárbaros de Mesopotamia? Es muy posible. ¿Era la escarpa de un canal destinado á llevar las aguas del Tigris al interior de la península? Esta hipótesis es menos probable que la otra.

Algunas millas más abajo, llego á Tell Mandjour, monton de ruinas considerables en que el comandante Janes, que es el que mejor ha estudiado aquella comarca, coloca á Opis, la ciudad más considerable de la alta Babilonia hasta el tiempo de los Seleucidas. Estos le dieron por rival una ciudad de Antioquia, de la cual se tienen muy pocas noticias y cuya posición es dudosa.

Más adelante llama mi atención un edificio extraño, una especie de torre de ladrillo, de forma espiral, junto á una ciudad cuyo nombre antiguo (Sumara ó Samara) no ha sufrido alteración alguna. La tal torre era un observatorio del tiempo de los califas y no parece imposible que antes de este tiempo se hubiese destinado ya á lo mismo. No se olvide que entramos en la tierra clásica de la Astronomía.

No son estos vestigios de ciencia los únicos que nos acompañan. La llanura monótona y desnuda que dejo á mi izquierda, ha sido teatro de una de las más nobles escenas que la antigüedad nos ha conservado. Allí es donde pereció, á la edad de treinta y un años, un romano que pertenece á nuestra historia francesa, aquel César Juliano tan injuriado por libelistas injustos, sin más razón que la de haber intentado restablecer sin violencia caducidades en que tal vez él mismo no creía. Los mismos que han perdonado á Constantino el Grande una serie de crímenes enormes, han sido implacables con los errores y ridiculeces de un César ideólogo. Pero los que rechazan con merecido desden la historia que se compone de habladurías, no pueden olvidar que aquel filósofo contra las tendencias de su siglo, fue un hombre honrado y un héroe. En Babilonia no he podido recorrer sin conmoverme el teatro de aquella brillante campaña del año 363, que en la historia de aquellas comarcas se coloca al lado de las de Alejandro el Grande y de las de Heráclio, y hubiera probablemente concluido con el imperio de los persas, sin la jabalina que, cerca de Maranga, hirió mortalmente al joven vencedor. Tomo de Amiano Marcelino las últimas palabras de Juliano, que son muy superiores á la ironía amarga de las últimas que Alejandro pronunció casi en el mismo lugar, siete siglos antes:

«Muero sin remordimientos. No tengo que echarme en cara ninguna felonía cometida durante mi destierro, ni tampoco durante el tiempo que han estado en mis manos las riendas del imperio. Lo recibí de los inmortales como un depósito, y me glorío de haberlo conservado puro, gobernando con moderación y no declarando ni sosteniendo jamás la guerra sino después de un maduro exámen. Si no siempre han correspondido á mis esperanzas las ventajas ó la utilidad que de ello me prometía, se debe á que los dioses disponen de los acontecimientos. Convencido de que un gobierno justo no aspira más que al interés y bienestar del pueblo, me he sentido siempre inclinado á la paz, y no he sido nunca crapuloso, porque la crápula de los gobernantes destruye las costumbres de los pueblos. Cuantas veces la república, que he considerado constantemente como una madre soberana, me ha mandado arrostrar un peligro, me he lanzado á él con alegría, y me he acostumbrado á despreciar los caprichos de la suerte. Razon tienen los que califican de cobardes á todos los que desean la muerte cuando ésta no es necesaria, y á todos los que la temen cuando llega la ocasión de sufrirla. Mis fuerzas no me permiten decir nada más. No es por olvido por lo que no os nombro mi sucesor. Podría no indicar el más digno, ó tal vez nombrando al que considerase más capaz, le espondría con mi predilección á los mayores peligros. A fuer de amante hijo de la república, deseo que ésta después de mi muerte encuentre un jefe digno de ella.»

Paso sucesivamente por delante de las ruinas de Sitacia y de Apamia y por delante de Kadasieh, la Santa, ciudad relativamente moderna, pues no es anterior á los califas. Según Aboulfeda, era famosa por la piedad de sus habitantes, y (lo que para mí es más interesante) por sus hornos de vidrio.

Empezamos á ver las orillas cubiertas de palmeras, coronadas de jardines, y luego la imponente mole de Bagdad se destaca delante de nosotros. El *kelek* se detiene, y yo tomo un *kafat*, lancha redonda, especie de cesto de mimbres embreado, y llego al puente de barcas y luego á tierra. Voy derecho al consulado de Francia, donde me encuentro con un antiguo amigo,

con mi activo compañero del mar Rojo, M. Pellisier, recién establecido, el cual me ofrece una hospitalidad que yo acepto sin vacilaciones.

(Se continuará.)

M. GUILLERMO LEJEAN.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

LA HIJA DE LAS AGUAS.

I.

El príncipe Roberto había nacido poeta. Su alma, semejante á las flores que sólo se abren por la noche, se empequeñecía procurando ocultarse en el esplendor de la corte y sólo se desahogaba en la soledad. Allí gozaba como en el seno de una madre, allí se sentía á un mismo tiempo pequeño y grande como Moisés viendo á Dios de espaldas (según dice la Biblia) en el Sinaí. Las mujeres decían que era un oso, pero como los artistas hubieran podido tomarle por modelo de sus Apolos, le miraban alejarse de ellas al modo que Fedra á Hipólito. Los guerreros le llamaban «el hermitaño», pero se lo llamaban en voz baja y cuando estaba lejos, porque sabían que era fuerte como Hércules. Los sabios aseguraban que nunca haría cosa de provecho, porque prefería hablar con las flores y los pájaros á oír sus discursos latinos, y solamente le defendían los cortesanos porque era el heredero del trono.

Roberto nada sabía de todo esto, ni le importaba. Se dejaba llevar por el tiempo como un niño en su cuna por la corriente de un río, y sonreía cuando hacia sol y dormía cuando tronaba la tempestad. «¿Quién fuera pájaro!» decía algunas veces, y á esto se limitaban sus deseos. «Cuando yo sea rey, prohibiré la caza», añadía otras, y á esto se limitaban sus proyectos. Todos los príncipes no piensan así. ¿Es una desgracia ó una fortuna?

Corrieron los años: Roberto creció y de niño pasó á ser hombre, y empezó á sentir en su corazón un vacío que no se llenaba con la contemplación de las estrellas por la noche, ni con la contemplación de las flores por el día. Como aquel huérfano recogido por los padres del yermo que, habiendo visto por casualidad á los 15 años una mujer que le dijeron era una ánade cayó enfermo, y preguntado con qué se curaría respondió: «con una ánade como la que ví días pasados» notó que necesitaba algo de que no se daba cuenta y ese algo era una mujer.

Seguendo su costumbre de meditar á solas, se fué al campo á meditar en su enfermedad y en el remedio que podía oponerla y que no adivinaba. Vió dos tórtolas que se besaban en una rama, y exclamó: «¿Quién fuera tórtola!» Vió dos mariposas que morían á consecuencia de haberse dado el primer beso de amor, y exclamó: «¿Yo quisiera morir así!»

En una de las tardes en que más embebido estaba en sus meditaciones poéticas y en que, reclinado al pie de un árbol al lado de una fuente rústica, contemplaba la estrella de Venus, oyó á su lado un suspiro que le hizo estremecer hasta la médula de los huesos.

Volvió la cabeza y vió á su lado la joven más bella que había ideado, un perfume, un esplendor, una melodía encarnados en una mujer.

Roberto cayó de rodillas como un creyente al ver descenderse el velo del templo. Se creyó, no en presencia de un ángel, sino del mismo Dios.

La joven, la niña por mejor decir, nada tenía de imponente, parecía una hija del pueblo que iba con su cantarillo á la fuente como Rebeca.

Le saludó sonriendo; y cantando en voz baja, pero con una dulzura que la hubieran envidiado todos los ruseñores del bosque, una canción popular, se puso á llenar su cantarillo.

Roberto la miraba extático. Cuando ella, acabado de llenar su cantarillo, se alejó volviendo de tiempo en tiempo la cabeza, le pareció que le arrancaban el alma, pero no se atrevió á murmurar una palabra, por timidez. Permaneció en el campo más tiempo que de costumbre, y volvió á su palacio más pensativo que nunca.

II.

Tan pensativo iba (y por cierto, que él mismo no sabía en qué pensaba) que antes de llegar á la puerta de su habitación, tropezó en una antesala con el médico más afamado de la corte y le dió un empujón tan fuerte que faltó poco para que le derribase.

El médico dió un traspies y estuvo á punto de exclamar: «¿Qué bestia!» pero vió á tiempo que el que le había empujado era el príncipe y le hizo una cortesía, diciéndole con voz compungida: «Perdon, señor! He sido un torpe en no haber visto á V. A.»

Este médico no debía su fama á la casualidad. En medicina ciertamente no era de los más doctos. Había escrito en diversas papeletas todas las recetas posibles, las había arrollado una por una y las guardaba en una gran bolsa. Cuando le llamaban á la cabecera de un

enfermo, acudía sin darse prisa, con la cara muy seria, el traje muy arreglado y la bolsa colgada de la cintura. Examinaba al paciente con detención, le hacía una infinidad de preguntas, meditaba, tosía, volvía á meditar. Después metía la mano en la bolsa, sacaba una receta como quien saca un número de la lotería, y decía á la familia: «Dadle esto», añadiendo por lo bajo, mirando al enfermo al guardarse el precio de la consulta: «Dios te la depare buena.» A pesar de esto, aseguraba que no se le morían más enfermos que á otro cualquiera y quizá tenía razón.

En cambio, sabía como el que más el arte de conocer á las personas, y tenía una *medicina cortesana*, como él la llamaba, en que nadie le igualaba. Veía á un ministro á punto de caer: «Usted está enfermo, le decía, y le conviene tomar aires.» El ministro en desgracia decía á todos: «Me voy, porque los negocios arruinan mi salud. El doctor X.*** me manda á tomar aires y es un gran doctor; por lo demás, tengo ahora más favor que nunca en la corte.» Veía á un general derrotado: «¡Vive Dios! exclamaba, que sólo un loco ha podido ir á combatir en el estado de salud en que usted se encuentra. Usted padece una enfermedad terrible que le quitará siempre las fuerzas y la vista cuando se encuentre á caballo al aire libre. Por fortuna, he aquí un remedio que cura eso en veinte y cuatro horas (y sacaba una receta de la bolsa); tómelo usted y estando sano, no volverá á ser vencido. Usted no ha sido vencido por su culpa, sino por la de la enfermedad, y el general decía á todo el mundo: «Si he sido vencido no ha consistido en mí, sino en mi enfermedad, y sino preguntárselo al doctor, que es un oráculo.» ¡Cuántas veces leía en los ojos de una mujer que al marido le convenía tomar baños, y en los ojos de un devoto heredero que á un tío ochentón le era indispensable el último sistema de entrar en calor que se recomendó á David!

El príncipe iba á pasar sin hacer caso del doctor, pero este le miró fijamente y haciéndole un nuevo saludo: «Perdon, señor, le dijo, mi deber me obliga á molestar un momento la atención de V. A.»

—¿Qué quieres? le preguntó el príncipe, distraído.

—O mi ciencia es una locura ó Hipócrates y Galeno indignos de crédito, ó V. A. está enfermo.

—Creo que sí y que necesito reposo; por eso me voy á acostar.

—No es malo eso como primera providencia, pero no es suficiente; *Bonus sed non satis*. Permita V. A. que yo me encargue de su salud.

Y metiendo la mano en su bolsa, sacó una receta que entregó al príncipe, sin mirarla, diciendo: «Tome eso V. A.» y añadiendo por lo bajo, como de costumbre: «Dios te la depare buena.»

La receta decía *Récipe*: una cantárida al costado, dos sangrías de 8 onzas cada una, píldoras de opio y dieta.

—Está bien, dijo el príncipe, sin mirarla y disponiéndose á seguir su camino. Pero el médico le detuvo aun, añadiendo:

—Señor, no es eso todo.

—Pues ¿qué más hay? despacha.

—V. A. está visiblemente afectado por una afección moral.

El príncipe se estremeció.

—¿Quién te ha dicho eso? preguntó.

—Señor, para la ciencia no hay secretos, y como el médico de Antioco y Seleuco acertó que el príncipe estaba enamorado...

—¡Calla, calla! le interrumpió el príncipe, mirando á todas partes como si temiese que alguno sorprendiera su secreto.

—Dios me la ha deparado ahora buena á mí, dijo el médico para su capote; iba á hacer una comparación para adorno del discurso y descubro, merced á ella, la enfermedad; y habrá quien sostenga que son inútiles la retórica y la erudición? Veamos ahora de quién está enamorado el príncipe.

Pero cuando se preparaba á tomar de nuevo la palabra, se vió interrumpido por dos personajes que, entrando por diferente puerta cada uno, habían oído parte del coloquio anterior.

Uno de estos personajes era un gran sabio, el otro un gran general.

El sabio, filósofo que declamaba como Séneca contra el lujo, era rico como Séneca, hablaba contra las mujeres como Salomón y tenía un serrallo tan provisto como el de Salomón, etc.

El general se preciaba de literato y podía ponerse al lado de Duras, á quien, cuando obtuvo en 1775 el gran sillón de la Academia francesa, dirigieron el siguiente epigrama:

*Duras invoquait à la fois
Le dieu des vers et le dieu de la guerre:
Il réclamait le prix de ses vaillants exploits
Et de son savoir littéraire.
Tous deux, par un suffrage égal,
Ont satisfait sa noble envie:
Phébus lui dit: Je te fais maréchal;
Mars lui donna place à l'Académie.*

—Si este joven está atacado de una enfermedad moral, dijo el sabio, á mí, médico del alma, corresponde

su curacion, y si su enfermedad moral es la conocida en el mundo con el nombre de amor, le receto la medicina que en casos tales usaba San Francisco, que se revolvaba en la nieve, porque la mujer, como dice Montaigne, es lo que hay de peor en el mundo; como dice Montaigne, es la enemiga natural del hombre; es la fuente de todo mal, como dice Sócrates; es lo que hay en el mundo de mas corruptor y mas corrompido, como dice Confucio; es la mas peligrosa de las bestias feroces, como dice San Juan Crisóstomo; es la reunion de los siete pecados capitales, como dice Orígenes; y en ella la maldad es innata, como dice Hipócrates; y no ella la malicia semejante á la suya, como dice San Buenaventura; y ha hecho apostar á los ángeles, como dice Inocencio III; y es el órgano del diablo, como dice San Bernardo; y tiene el veneno del áspid y la malicia del mono, como dice San Gregorio; y es la aumentacion del pecado, como dice San Agustin; y hay menos estrellas en el cielo que picardías en su corazon, como dice Codro; y es inútil tratar de escoger entre las mujeres, porque ninguna de ellas vale nada, como dice Plauto...

—Vuestra elocuencia erudita, exclamó el general, se asemeja á aquellos vientos del desierto que envuelven á los viajeros con granos de arena hasta ahogarlos. Dejados respirar. Digan lo que quieran vuestros autores, la verdad es que la mujer, ángel de la guarda junto á nuestra cuna, ángel de amor en nuestra juventud, ángel de la amistad en nuestra edad madura, y ángel del dolor sobre nuestro sepulcro, me parece el único rayo del sol eterno que entra en la prision de nuestra alma. Pero se debe amar á la mujer en general, y no á una mujer en particular, como se debe amar el dinero y no una pieza de dinero. Si S. A. está enamorado, yo soy de opinion de que se le cure con una mujer, y si no basta, con dos mujeres, con diez mujeres, con cien mujeres, con mil mujeres, con un millon de mujeres, con el doble de las que pueda apetecer. Dejádmele por mi cuenta, y yo os prometo que si hoy ama á una mujer sola, dentro de poco se acordará de ella ni mas ni menos que del primero que sembró pepinos.

—Tengo que oponer, dijo el médico, que Hipócrates...

—Y yo, dijo el filósofo, que Zoroastro...

—Señores, exclamó el príncipe impacientado, tengo mucho sueño, seguid aquí disputando mientras me voy á descansar.

Y corrió á su cámara, cuya puerta cerró con llave.

Pero ni aun allí se encontró sólo. Su ayuda de cámara, enterado de todo por haber escuchado por el ojo de la llave le esperaba como en una emboscada y le dijo al verle:

—Señor, esos tres sabios me parecen tres imbéciles. Déjelos V. A. discutir sobre sus cantáridas, sus sangrias, su nieve y sus burdeles y haga sólo caso de mí, que tengo la mejor receta.

—¿Tu quoque...! suspiró el príncipe, con dolor.

—Yo, repitió el ayuda de cámara... Yo haré que ame á V. M. la mujer que desea.

—¿Tú!

—Yo. ¿Sabe V. A. quién es?

—No.

—¿Ni su nombre?

—No.

—¿Ni dónde vive?

—No... La he visto esta tarde junto á la fuente de...

Es rubia, ojos azules, tendrá apenas 15 años...

—Eso me basta. Antes de ocho dias V. A. la tendrá.

No sé si el príncipe durmió aquella noche, creo que no; pero estoy seguro de que estuvo soñando hasta el amanecer.

(Se continuará.)

C. R.

LITERATURA.

MELODIAS.

LA MUERTE.

I.

Yo tengo en la tierra una amiga á la que me unen antiguos y estrechos lazos. Cada vez que pasa por mi hogar deja en él huellas profundas, huellas que tardan en borrarse del corazon. Pero mi amiga es generosa; mas que aquella reina de la antigüedad que sembraba de perlas su camino, ella siembra el suyo de lágrimas y de verdades.

Mi amiga no es ninguna mujer: no es mujer, no es hermosa y la amo! Y no porque ella no me haya hecho derramar lágrimas; no porque nuestros amores no hayan sido tristes: recuerdo que en otros dias tenia una corona de las flores mas bellas de la vida, las mismas que he visto caer, una tras otra, marchitadas casi todas por la muerte.

Mas, de eso ha pasado tanto tiempo, que me parece haberlo soñado: si ahora amo á la muerte, no es por haberme hecho conocer la desgracia, sino porque veo que es la única amiga que no olvida.

Hay hoy hombres que maldicen la muerte; yo la

amo, porque es el último consuelo que espero. ¡Creo seré de esas pocas almas que al morir le dan las gracias! Pero es gratitud que le debo, pues su mano ha de quitarme las cadenas que tanto me pesan, las cadenas que tanto me impiden volar á donde me llaman las únicas almas que me han amado.

Si eres piadosa, como dicen, ven, muerte, ven y rasga el velo de mi vida. ¿Qué hago en la tierra, sino desfallecer en la soledad y caer cada momento? Mi alma está triste, mas triste que esas flores de invierno que hace tantos dias no han visto el sol.

II.

RECUERDO DE AMISTAD.

Á D. T. Y Á D. S. T.

Cuando enamorados los hombres únicamente de los tranquilos goces del espíritu, anhelan pasar la vida ni envidiados, ni envidiosos, entonces van en busca de una naturaleza magnífica, como la de vuestra ciudad natal, y allí, en medio de las maravillas de Dios que la coronan, alzan los honrados techos.

¡Dulce es poder descansar en ellos al lado de queridos amigos! Al frescor de la fuente que con su murmullo acompañaba el suave esparcimiento de nuestros corazones, disfruté un momento de la paz tan suspirada por el alma.

Pasó la hora del sol y fuimos á vagar por la ciudad; no hay en ella blanca casita que no tenga su jardin, su fuente y su niña encantadora. Contemplamos las calles de pescadores, al fin de las cuales, aparece el mar azul y la ligera barquilla, deslizándose por entre ondas tan mansas que no parece sino que nunca han sido agitadas por la tempestad. Asi pasaron fugitivas las horas, admirando la obra de Dios, que el hombre en vuestra patria no ha desfigurado; pero antes de que huyera la luz de la tierra y viniese la noche á ocultarnos tantas maravillas, dejando la mansion de los vivos subimos á la de los muertos ¡aun mas hermosa!

El cementerio de la ciudad, iluminado por los últimos resplandores del crepúsculo, levantándose en las floridas faldas de la montaña, y dominando todo el mar que viene á espirar al pie de los sepulcros, removié lo mas profundo de nuestros corazones. Y al hollar el polvo de los muertos, recordamos los amigos y los padres perdidos, el trágico y misterioso destino humano, las breves horas concedidas á los mortales, y que sólo el dolor tiene el triste poder de hacernos parecer eternas.

Yo no he encontrado en el camino de mi vida paisaje mas encantador, una naturaleza que mas convide al hombre á fijarse en ella para siempre. Allí habria sentado mi tienda, si hubiera sido dueño de mi fortuna. Esta ha sido dura y cruel para con vuestro amigo; pero si algun dia logra emanciparse de ella, y ser dueño de su destino, irá á vuestra ciudad á pasar los ancianos dias y entre sus muertos le será dulce reposar y dormir el profundo sueño, mecido, como ellos, por las olas de aquel mar.

ANTONIO VIDAL Y DOMINGO.

ALBUM POETICO.

A continuacion publicamos un episodio inédito del poema que actualmente escribe el señor Campoamor, y del cual ya conocen otro, no menos bello, los lectores de EL MUSEO.

EL PRINCIPE SIN NOMBRE.

Ven que á un hombre con lánguida sonrisa siguiendo, mas impúdica que amante, deja colgar al soplo de la brisa su trenza desgreñada una Bacante.

Debajo de su lúbrica mirada, y en torno de su boca centellea la espresion fatigosa y fatigada del ánsia vil que desear desea.

Descalzo el pie, los hombros descotados, ni siquiera ocultaba, desceñida, bajo el cuello procaz los mal velados misteriosos santuarios de la vida.

Llevando, como Venus, la Bacante la victoria del vicio en la cintura, mostraba al hombre en su voraz semblante la contorsion de la sonrisa impura.

Y al jóven que implacable perseguia con brazos por la fiebre descarnados, en un plato de barro le ofrecia unos ojos vidriosos y apagados.

Y —«¡toma!»—nauseabunda murmuraba como silba el reptil húmedo y frio, y el jóven escuchándola exclamaba:

—«¡qué odioso, santo Dios, es el hastío!»—

Detuvo al hombre, hasta el furor hastiado, Honorio preguntándole—«¿quién eres?»—

—«Un hombre, contestó, que, desdichado, sólo amó á la mujer en las mujeres.»

«Gran príncipe nació. Y aunque comienza mi vida en cuna real, he sido un hombre que acaso por desprecio ó por vergüenza ha olvidado la historia hasta mi nombre.

«A sor Clara una vez en su convento la requerí de amor, con un cinismo que en tan santo lugar y en tal momento lo audaz deshonraria al crimen mismo.

—«¿No adivináis mi amor en mi mirada?» murmuré irreverente á sus oídos.

¡Oh, juventud por el placer cegada que no piensa en mas Dios que los sentidos!»

—«¿Qué os gusta en mí?»—me preguntó gimiendo.

—«Vuestros ojos»— la dije, y tristemente

—«¡mis pobres ojos!»— exclamó volviendo al cielo con dolor su limpia frente.

«Y de su celda hácia la puerta andando —«mi respuesta aguardad»—serena dijo; y en el quicio apoyada, entró besando con la fe de una santa un crucifijo.

«Yo pensando ¡oh miseria de la vida! en su talle gentil, su rostro bello, la respuesta aguardando prometida hasta se hinchaba de placer mi cuello.

«Al umbral de la puerta, á poco rato, destrozadas las órbitas, se asoma,

y sus ojos me ofrece en ese plato con tranquilo ademan, diciendo:—«¡toma!»—

«¡Horror! cruzaron por el pecho mio, la sangre al ver de tan atroz presente, una llama primero y luego un frio que hasta heló de mis lágrimas la fuente.

—«Toma» añadió, que mi presente pueda á tu pecho sin fe volver la calma; y aunque ves que mi faz sin ojos queda, para mirar á Dios me basta el alma.»

«Me echó el plato y partió. De espanto yerto yo en tanto miro el don que, abominable, dejó en mi sangre para siempre muerto el torbellino del amor culpable.

La Bacante despues, siguiendo al hombre, tiende otra vez su desgreñada trenza, y grita huyendo el príncipe sin nombre:

—«¡maldicion en la dicha que avergüenza!»—

RAMON DE CAMPOAMOR.

EL PECADO MORTAL.

¡Pequé, mi Dios! Del vicio que domina víctima fui, postrado en la demencia, y la maldad triunfó de mi conciencia y de mi flaca humanidad mezquina.

Pequé, SEÑOR, contra tu Ley Divina consecuente en el dolo y la licencia, sordo á tu voz, ingrato á tu clemencia, ciego á la fe, rebelde á tu doctrina.

Mas concédeme un soplo de tu aliento para llorar contrito y humillado, hasta que exhale mi postrer lamento:

Que aunque en la tierra gima condenado, yo te ofrezco, SEÑOR, este tormento porque me limpies del mortal pecado.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

MATAR EL TIEMPO.

III.

Necesitaba matar el tiempo.

Te parecerá, lector, que esto era la cosa mas sencilla del mundo, porque aquí todo el mundo mata el tiempo, pierde el tiempo ó hace tiempo.

A mí, sin embargo, me iba á costar el empleo del tiempo bastante trabajo, que el tiempo es un ente raro en nuestro pais. En España, ó en Madrid mejor dicho, todo el mundo es empleado ó cesante, menos lo único que debiera emplearse ó estar empleado; el tiempo: y éste no es cesante siquiera, pues ordinariamente suele estar mal empleado, al contrario de muchos cesantes, á la generalidad de los que les está bien empleado el ser cesantes.

De modo, que entre nosotros, el tiempo viene á ser un ente anti-económico, pues siempre se está gastando, se está perdiendo, y nunca deja de existir, gracias á la colaboracion de todos los españoles, que hacemos tiempo sin otra utilidad que la satisfaccion que nos da el verlo desaparecer de la escena social.

No te asustes, lector; no voy á hacer una disertacion sobre la palabra tiempo: he dicho que necesitaba matar el tiempo, de modo que ese tema constante de la gente que no sabe de qué hablar, ese sine qua non de las funciones al aire libre, ese doctor que anuncia

los diagnósticos y pronósticos mejor que cualquier médico, ese desmentidor constante de la ciencia astronómica que realiza el

No hay mejor señal de agua que cuando llueve,

me ocupaba á mí únicamente en concepto de convertirme en su asesino.

Yo, aburrido, desesperado, deseando la vuelta de mi amada, no podía querer hacer tiempo, pues el tiempo me sobraba, ni perder el tiempo, pues el tiempo existía, aunque yo le perdiese; necesitaba suprimir el tiempo en que mi amada estuviera fuera de la corte: por eso quería matar el tiempo.

¡Emplear el tiempo! me era imposible. Harto preocupado estaba yo. Los paseos, las diversiones, las grandes reuniones, las festividades, el movimiento de la población: todos los sitios en que había yo podido ver á mi adorada, me eran igualmente insoportables.

Mi primera determinación fue ir á residir á Chamberí ó Carabanchel en una casa en que hubiese su jardincito, sus palomas, su estanque, sus peces, cuantos elementos, en fin, constituyen la vida veraniega y campestre.

Allí me levantaría al alba, oiría la primera misa de la iglesia del pueblo; tomaría en seguida chocolate y leería *La Epoca*, *La Correspondencia* y todo periódico que anunciase reunión de gentes que hubiera dejado la villa y corte de Madrid.

Después, bajaría al jardín y echaría migas de pan á los pececitos, llevaría también para compañera de mi destierro una cotorra, que me recordase á mi adorada, y me tomaría el trabajo de enseñar la tiradas enteras de versos de nuestros mejores poetas, y esto me inspiraría en aquella soledad y bendeciría la feliz ocurrencia de dejar la tumultuosa corte por la pobre y arrinconada vivienda. Después, almorzaría tranquilamente y un sueño reparador me daría en la siesta nuevas fuerzas para emprender con aliento la árdua tarea de esperar la vuelta de mi amada.

Me levantaría, regaría las flores de mi jardín, formaría ramilletes ó escribiría en la tierra, reblandecida por el riego, el nombre de mi adorada. Me tendería en la verde grama y echaría mis fantásticos cálculos sobre mi felicidad futura.

Acecharía la llegada del cartero, por si traía alguna epístola que me pusiese en relación con el mundo, y á lo más, lo más, convidaría á tomar un chocolate ó cualquier refresco á algún vecino que se empeñase en trabar relaciones conmigo.

A la noche, saldría á admirar el hermoso cielo, la fresca brisa, el perfumado ambiente, el sepulcral silencio, y cuando en el paseo nocturno se recogiesen mis párpados y vacilasen mis pies, volvería al lecho á dormir con la tranquilidad de un lechoncito.

El cuadro que á mi vista se ofrecía era bello, encantador, capaz de seducir al corazón mas empedernido, capaz de contener la desesperación de un suicidio frustrado.

Empecé á hacer diligencias para ponerlo en práctica; fuí á Chamberí y lo recorrí casa por casa: ¡oh desventura! estábamos ya en el verano y la mayor parte de la gente que había salido de Madrid para el extranjero tuvo la misma ocurrencia que yo, se detuvo en aquel barrio, y lo que era peor, tenían alquiladas las casas por toda la temporada.

Absorto me quedé con semejante nueva, y entonces me dí á recorrer uno por uno todos los domicilios, á espiar una por una todas las viviendas, no fuera que mi adorada y su familia, siguiendo la moda general, y á pesar de las prescripciones facultativas respecto del papá, estuviesen tomando aires vegetales en vez de baños minerales.

Pronto se desvaneció aquella ilusión pasajera y tuve que continuar mis propósitos de espatriación. Entonces pensé en Carabanchel.

Una serie de expediciones que hice á los Carabancheles Alto y Bajo, me demostró que allí pasaba lo mismísimo que en Chamberí acontecía. La gente había dado también en ir á los Carabancheles, prestando la necesidad de los baños de mar.

Pensé entonces en Pozuelo.

Pozuelo lo encontré ocupado por numerosas familias de empleados de Madrid que vivían en la corte solamente los días de trabajo. Hasta había algunos de ellos á quienes no se les veía una noche siquiera en la capital de España, pues apenas le daba la hora en la oficina, tomaban el tole hacia el pequeño pueblo á vivir con su cónyuge y angelitos.



FILIPINAS.—INDIA ELEGANTE.

IV.

Me resigné por entonces á vivir en Madrid, considerando que un viaje á Toledo ó Aranjuez me separaba bastante del centro de noticias á donde llegarían las que con mi adorada se relacionasen.

Además, me decía, Toledo es una ciudad eminentemente artística, pasa uno allí horas deliciosas admirando aquellos monumentos de tiempos que fueron, pero en la estación veraniega, á menos de resignarse á vivir en la Catedral, no tiene uno sitio donde pasar durante las calurosas horas del día.

Ya se me ocurrió la idea de vivir con alguno de los dependientes de aquel soberbio edificio y pasar de cuando en cuando las noches debajo de la campana monstruo, evocando recuerdos de otras edades ó hilvanando alguna leyenda en que hubiese trasgos y duendes, fantasmas y aparecidos.

Los cuadros de Teniers me atraían hacia allí, y aquel corredor en que se hallan los gigantes y la tarasca y el Cid convertido en muñeco de colosales dimensiones; pero el claustro de San Juan de los Reyes, la Sinagoga y el Cristo de la Luz me ofrecían tantos encantos que no sabía si decidirme á optar por la permanencia en cualquiera casa de la ciudad, ó la residencia en la catedral. Por último, renuncié á aquel viaje.

No dejaba de tener sus atractivos la vida en Aranjuez: aquellos jardines, aquella cascada, aquellos plátanos, aquellas hayas gigantes elevaban mi espíritu. Luego, en Aranjuez había fondas, y lo esquisito de los platos podía ser un aliciente que me obligase á comer, un paliativo contra la desgana, la inapetencia, la inercia y la apatía que se habían apoderado de mí y que llegarían quizá, yendo en aumento, á alterar mi salud sin tales escitantes.

Mas también renuncié á esta expedición. Bosques y árboles tenía en la Alameda de Osuna y en la Moncloa, y podía, sin tomar el tren, pasar mi vida solitaria en la amena sociedad de algún guarda que me recibiese á pupilo.

Otra idea cruzó también por mi imaginación: vivir en el Escorial: aquel fue un poderoso incentivo que me hizo vacilar algún tiempo.

El monasterio tenía para mí cierta atracción: la magnitud del edificio, la austeridad del claustro, la perspectiva de aquella cadena de montañas... Sólo á

la idea de vivir en aquel apacible retiro en compañía de los venerables religiosos, que acaso me recibirían con la recomendación de algún amigo, creía ya oír el órgano solemne, destacarse las anchas graderías, abrirse la preciosa biblioteca y respirar la deliciosa temperatura del Real Sitio.

Pero me detuvo también una consideración final. Reúnense en el Escorial muchas familias madrileñas huyendo del calor del estío, y la sociedad que allí se forma viene á ser una corte pequeña: de modo que, aunque aquello sea un Madrid en diminutivo, al cabo es Madrid, y yo quería huir de todo lo que á Madrid se pareciera.

—¿Qué partido podía entonces tomar, si no quería vivir en la corte y tampoco podía vivir en los pueblos inmediatos?

A pesar de mis reflexiones, fuí á Toledo, á Aranjuez, al Escorial y á Pozuelo, y en las expediciones que hice me convencí de que no me convenia irme tan lejos.

—¿Qué sitio escoger entonces por mi residencia?

Nunca he sido aficionado á quedarme entre Pinto y Valdemoro. Valdecas era un lugar demasiado vulgar. Vicálvaro tenía un regimiento de artillería que me incomodaría todos los días con sus llamadas y ejercicios: en San Fernando no faltaban bañistas de la Isabela, y en Guadalajara los alumnos de ingenieros con sus travesuras me pondrían de mal humor.

La idea de vivir en la Alameda de Osuna ó en la Moncloa tampoco me era muy grata, pues podía acudir á aquellos paseos gente que diese al traste con mi misantropía y mal humor.

Entonces tomé una heroica resolución, la de quedarme en Madrid; pero quedarme huyendo del bullicio de la corte, esto es, haciendo una vida completamente opuesta á la que hasta entonces llevaba.

Mi plan de campaña fue el siguiente. Levantarme temprano, dar un gran paseo concluyéndolo en Tetuan, barrio de la Concepción ó de Pozas, ó la Venta del Espíritu Santo, meterme en cualquiera parte á almorzar, comer idem de idem, y únicamente á la noche, y á ser posible en un omnibus, volverme á mi casa.

Esto me proporcionaría el conocimiento de los costumbres populares, me familiarizaría con el lenguaje de los artesanos, con sus maneras, con sus pensamientos, y adquiriendo cierto gusto democrático, podría escribir novelas, que expandidas á cuarto la entrada, introducirían mi nombre en todas las habitaciones de la capital por debajo de las puertas, y adornaría todas las esquinas y columnas urinarias con mi celebridad, consiguiendo matar el tiempo con la pluma y hacerme, á mi pesar, popular novelista, conocido escritor, distinguido literato, poseedor, en fin, de un número de epítetos que la amistad me proporcionaría en la prensa y que llevaría mi recuerdo en letras de molde al mas apartado rincón termal ó salina en que mi adorada se hallase.

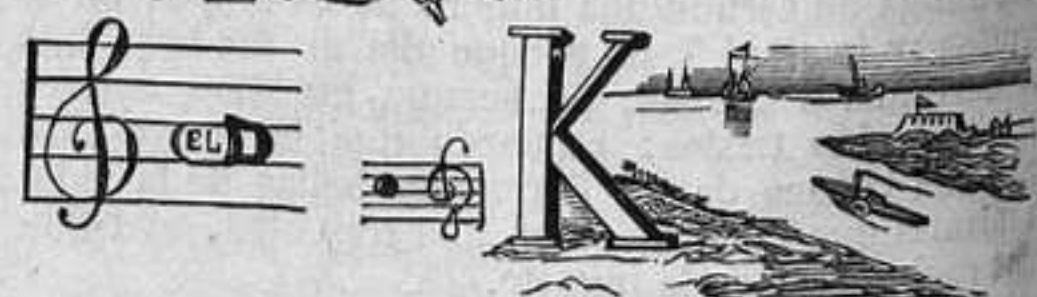
(Se continuará.)

F. DE ZULUETA.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Tanto se dá en una piedra que al fin se mella.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ GASPÁR
IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.